

y cuál crees que es su aportación al quehacer poético actual español?

C. E. F.—Admiro y estimo a los poetas que en estos tiempos han sabido defender de algún modo la dimensión del hombre. Eludo el nombrarlos. Diré solamente que algún día, cuando la Historia se ocupe de juzgar a la poesía de nuestra época, gracias a ellos podrá decir que no todos los poetas españoles de nuestro tiempo estaban en Babia o solían salirse por los cerros de Ubeda. Y también podrá decir que algunas veces estos poetas, por su amor a la dignidad y libertad del hombre, se quedaron como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando. Y perdona el refranero.

J. E.—¿Qué opinas de los poetas gallegos actuales, tanto de los jóvenes como de anteriores? ¿Cuáles son los valores y los defectos de la poesía gallega actual?

C. E. F.—Vale la contestación que te di para los poetas españoles en general, sólo que en este caso invocaré dos nombres señeros: Manuel María y Méndez Ferrín. Ambos —el segundo, desgraciadamente, con muy escasa obra publicada— son dos altos poetas, detrás de los cuales viene una promoción muy valiosa que ya es algo más que una promesa. Poetas beligerantes todos ellos, como lo fueron Rosalía y Curros, las dos más altas cimas de nuestro parnaso. ■ JOSE ESTEBAN.

### Una revisión incompleta del cine brasileño

Ocho años ha tardado en llegar a España la «Revisión crítica del cine brasileño» (1) que Glauber Rocha publicó coincidiendo con los primeros pasos del «cinema novo». Si bien la traducción editada por el I. C. A. I. C. cubano circulaba minoritariamente entre nosotros, puede decirse que hasta ahora se desconocía uno de los textos que ayudan a comprender el camino que el cine siguió durante los años sesenta. Porque al reflexionar

(1) «Revisión crítica del cine brasileño», de Glauber Rocha. Editorial Fundamentos. Número 4 de su colección Arte, serie Cine. Madrid, 1971.

sobre lo más importante de cuanto se ha realizado en el Brasil antes de su generación, Rocha no sigue un criterio de historiador ni siquiera de ensayista histórico, sino que lo selecciona y estudia en función de la experiencia que esos momentos han supuesto, en función de la utilidad que fracasos y aciertos tienen para aclarar el panorama sobre el que él mismo y sus compañeros van a intentar llevar a término una obra coherente, que se relacione de forma dialéctica con la realidad que sufren diariamente, que muestre a su país de una manera que había sido escamoteada o mistificada desde hacía decenios. En cuanto que el «cinema novo» ha hecho realidad estos presupuestos teóricos, lo que le ha valido un puesto de honor dentro de los movimientos fílmicos contemporáneos, el libro del autor de «Antonio das Mortes» se convierte en ese texto válidamente introductorio del cine actual al que nos referíamos más arriba.

Sin embargo, lo que me parece fundamental a la hora de hacer, hoy, una reseña del escrito de Rocha es la constatación del cambio de perspectiva que —desde el punto de vista del lector o del crítico— ha motivado sobre él este retraso de ocho años. Leyéndolo ahora, nos interesa mucho más como dato importante para comprender la evolución seguida por Rocha que como verdadera «revisión crítica» de un cine cuyo período fundamental (los últimos años) el libro no aborda al haber sido redactado en 1962. Es de lamentar que en la edición española, y salvo el breve aunque puntualizador prólogo de Angel Fernández-Santos, no se haya acometido de alguna forma la actualización de un texto que hoy no puede por menos de parecernos incompleto.

Ello contribuye a que su libro adquiera una fisonomía arqueológica, que se contradice con el objetivo que tuvo en su día. Como bien señala Fernández-Santos, fue ante todo un texto de lucha, culturalmente militante, dado a la luz en una circunstancia en la que el «cinema novo» planteaba su primera batalla contra el orden fílmico establecido, la realidad de la infima

«chanchada», el colonialismo de la industria americana y el vanguardismo occidentalizante de la burguesía intelectual. Han pasado muchas cosas desde entonces, y en un momento en que hombres como Carlos Diegues o Ruy Guerra niegan la continuidad del movimiento, su validez actual incluso, el libro de Rocha se ve superado por la propia dinámica de la lucha en la que él lo inscribió. Obra definible como coyuntural (en el mismo sentido que lo era «Cine español en la encrucijada», de César Santos Fontenla, por poner un ejemplo cercano), su desfase no resulta —por supuesto— imputable a ella misma, y cuando ha escrito más tarde Rocha así lo confirma. Pero me temo que su título globalizador, que debería haber sido limitado en esta edición, así como el interés que despierta el reciente cine brasileño, hagan pensar al lector no especializado en un libro que realmente no existe, en un libro que hasta explicara la contestación que los cineastas ya consagrados sufren por parte de otros ya más jóvenes (Bressane o Szpanzerla, especialmente) o la aparición de numerosos grupos regionales cuyo presupuesto ético, estético o industrial no coinciden demasiado con los sostenidos durante una década por Pereira dos Santos, Rocha, Diegues, Guerra, Andrade, Hirszman, Saraceni o Jabor. ■ F. L.

### Poesía cubana en tiempos difíciles

«Respecto a la revolución cubana, como crítico literario, no tengo mucho que decir, excepto que ha sido un gran estímulo para la literatura». Esta es una frase contenida en la introducción de un libro escrito por J. M. Cohen (1), un curioso crítico e hispanista, que estudió en Cambridge y vive cerca de Londres.

Nos encontramos, pues, ante un estudio de la literatura cubana de nuestros días, que pretende eludir los aspectos

(1) «En tiempos difíciles. La poesía cubana de la revolución», por J. M. Cohen. Cuadernos Infinitos. Tusquets Editor. Barcelona, 1970.

políticos, a un que continuamente se encuentre con ellos. No quiero decir con esto que sea una mera aproximación formalista, sino que parte de una posición, por así decirlo, neutra, para ir introduciéndose, cuando llega el momento, en las circunstancias que van conformando el ambiente de la literatura cubana.

Con antecedentes tan importantes como José Martí y Julián del Casal; con la conservación del fuego sagrado de la estética literaria por parte de Lezama Lima y su grupo de «Orígenes»; con el combativo afro-cubanismo popular de Nicolás Guillén, no era difícil una «escalada» tan rápida y brillante. Pero, sin las condiciones de culturización creadas por la nueva estructura política, hubiera sido difícil —imposible— reunir a todo este importante movimiento poético y darle vida en contacto directo con el pueblo. «Cuba corría el peligro —dice Cohen refiriéndose a los poetas exiliados, o a los encerrados en su torre de marfil estética, por imposibilidades de libre expresión— de perder a los escritores de esta generación en un internacionalismo fácil, vinculados a su país sólo por la nostalgia y el recuerdo. Afortunadamente, el éxito de la revolución de Fidel Castro les hizo regresar». Los clásicos exiliados, Heberto Padilla, Fernández Retamar, Pablo Armando Fernández, Fayad Jamís, Rolando Escardó..., conquistados por las influencias francesas o anglosajonas de sus respectivos círculos, conocieron un nuevo y vivificador impulso en su incorporación a la nueva sociedad. Los poetas del hermetismo —Lezama, Vitiery y Eliseo Diego, principalmente— conocieron también unas nuevas posibilidades para su poesía, encerrada, hasta entonces, en sus mundos personales e íntimos. Quizá Lezama haya sido quien menos se ha desviado de su trayectoria, pero Lezama es ahora como un clásico viviente, en donde beben estética las nuevas generaciones.

Luis Suardiá es, para Cohen, el mejor de los poetas jóvenes dentro de la corriente de crítica social, en la que ve también, como ejemplo muy representativos, a Rodríguez Rivera y Víctor Casaus.

Pero el más interesante y prometedor de la nueva generación, según el libro que estamos comentando, es Luis Rogelio Noguera, «de una perfección más cierta y mejor control de las palabras que Rivera o Casaus». A su altura, la poetisa Belkis Cuza Malé. Completan este fugaz panorama que Cohen nos ofrece de la poesía cubana de nuestros días, las consideraciones sobre dos poetas menos promocionados en su país, y por tanto, menos conocidos fuera de él: Armando Álvarez Bravo (cuya primera obra fue acogida como un mero ejercicio estético) y Manuel Díaz Martínez (fue agregado cultural en Sofía, cultiva una poesía del recuerdo y de la vida cotidiana e íntima). A Cohen le parece oportuno destacar los valores poéticos de ambos y señala que ninguno de los dos ha sufrido presiones para enrolarse en las filas de la poesía comprometida. Y explica: «De hecho el realismo socialista, en el sentido ruso, aunque defendido por algunos teóricos, no se lleva a la práctica ya que no tiene raíces en la tradición cubana», añadiendo: «Los poetas cubanos, aunque adheridos fuertemente a su revolución, generalmente siguen la línea de la imaginación, que es por tradición el estilo cubano». Al final, no obstante, afirma: «La causa de este renacimiento es, sin duda, el fermento del cambio político que ha hecho de Cuba «el primer país libre del Nuevo Mundo», como él mismo se proclama. ■ JOSE A. GACINO.

### MONOD AL CASTELLANO

La semana pasada publicamos un capítulo del libro de Jacques Monod «Le hasard et la nécessité»: «De la creencia dogmática al conocimiento objetivo». Este libro del premio Nobel de Medicina, cuya venta ha ascendido a trescientos mil ejemplares en tres meses, ha sido vertido al castellano ya y será editado por Barral Editores dentro de su colección «Breve Biblioteca de Respuesta». Aparecerá en las librerías hacia la mitad del mes de mayo.